

Sergio Silva ssc

¿Por qué es importante la Biblia para la fe cristiana?

Sergio Silva ssc

¿Basta con leer la Biblia o hay que tratar de comprenderla lo más a fondo posible?

1. La Biblia es Palabra de Dios

a) La lectura de la Biblia no nos resulta fácil. Tampoco los evangelios los podemos leer y comprender como quien lee un cuento o una novela escritos en Chile en nuestra época. Hace ya 14 años, yo escribía en mi libro sobre Jesús (el volumen III de ¿Por qué murió Jesús?): “Muchos creyentes sinceros se sienten hoy un poco desorientados ante los textos evangélicos. No están seguros de comprenderlos a cabalidad. Se habla en ellos de tantas cosas de las que no tenemos ninguna experiencia: grupos humanos que ya no existen, como los fariseos, los saduceos, los zelotes; profesiones y estratos sociales que no son los nuestros, como escribas, ancianos y sumos sacerdotes; acciones ‘milagrosas’ de Jesús, que no tienen semejanza con nada de lo que nos ha tocado experimentar en nuestra vida; actividades e ideas religiosas que nos son completamente ajenas, como sacrificios realizados en el Templo, esperanza mesiánica, Reinado de Dios; instituciones que nos son totalmente desconocidas, como el Sanedrín, el impuesto al César, la ‘didracma’. Incluso cuando se tocan temas que de alguna manera conocemos, tenemos muchas veces la impresión -corroborada más de una vez- de que no se trata de lo mismo. Nos sucede, por ejemplo, con los ‘sacerdotes’ que aparecen en los Evangelios. ¿Qué tienen que ver con los actuales sacerdotes de la Iglesia católica? Nos pasa también con las categorías de lo puro y lo impuro que hemos aprendido en la moral -a veces bastante centradas en lo sexual-, pero que no parecen calzar con las que leemos en los Evangelios. Los ejemplos se pueden acumular con facilidad” (p. 13-14). La dificultad se acrecienta cuando se trata del Antiguo Testamento, en parte porque la distancia cultural que nos separa de él es mayor que la que nos separa de Jesús y del Nuevo Testamento; en parte también -y quizá sobre todo- porque nos encontramos en demasiados lugares con un Dios violento, un Dios guerrero que, para favorecer a su pueblo, no vacila en destruir a otros pueblos.

b) ¿Cómo enfrentar esta dificultad? Propongo una vía. Tomemos en serio lo que repetimos a veces sin tomarle el peso a lo que decimos: la Biblia es la Palabra de Dios puesta por escrito.

De “palabras puestas por escrito” tenemos un sinfín de experiencias. Las hemos leído en libros, en diarios y revistas, en el celular y el computador, etc. Muchas veces las hemos escrito; los mayores, por ejemplo, tenemos experiencia de haber recibido y escrito cartas; algunos hemos publicado libros, artículos, columnas en Internet. Durante los estudios, todos hemos debido contestar interrogaciones por escrito; en la universidad hemos tenido que presentar algún ensayo, etc. Todas las experiencias que he mencionado son de palabras humanas puestas por escrito; no tenemos la experiencia personal irrefutable de una palabra de Dios.

Tenemos que buscar por otro lado. ¿Qué es la palabra humana? Los seres humanos tenemos la capacidad de hablar, que nos permite comunicarnos con nuestros semejantes. Mediante la palabra podemos expresar nuestros deseos, compartir nuestras experiencias, contar nuestros dolores y alegrías, decir nuestros afectos, etc. Pero no solo nos comunicamos mediante la palabra. También lo hacemos mediante gestos corporales, mediante la mirada, el tono de voz, la sonrisa, el ceño fruncido y toda la amplia grama de posibilidades expresivas que tiene nuestro cuerpo. Además, podemos expresarnos por medio de nuestras acciones, de nuestras obras, de cualquier tipo que sean: de arte o cotidianas como el plato de comida, el aseo de la casa y tantas otras más. Si le damos a “palabra” este sentido amplio de medio de expresión y de comunicación, podemos decir que la

palabra no es solo lo que decimos (lenguaje oral) y escribimos (lenguaje escrito), sino todo aquello mediante lo cual nos comunicamos a los demás.

La pregunta es, entonces: ¿Se ha comunicado Dios con la humanidad? En caso afirmativo, ¿cómo lo ha hecho? La respuesta de la Biblia es que sí lo ha hecho.

2. Dios se ha comunicado

Dios se ha comunicado a la humanidad y lo ha hecho de muchas maneras, al igual que nosotros, como acabamos de recordar, también tenemos muchas maneras de comunicarnos. La Biblia subraya dos formas principales en el caso de Dios: Él se comunica mediante hechos y palabras. El concilio Vaticano II lo expresa de la siguiente manera en la constitución sobre la revelación: “Dispuso Dios en su sabiduría revelarse a Sí mismo y dar a conocer el misterio de su voluntad, mediante el cual los hombres, por medio de Cristo, Verbo encarnado, tienen acceso al Padre en el Espíritu Santo y se hacen consortes de la naturaleza divina. En consecuencia, por esta revelación, Dios invisible habla a los hombres como amigos, movido por su gran amor y mora con ellos, para invitarlos a la comunicación consigo y recibirlos en su compañía. Este plan de la revelación se realiza con hechos y palabras intrínsecamente conexos entre sí, de forma que las obras realizadas por Dios en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y los hechos significados por las palabras, y las palabras, por su parte, proclaman las obras y esclarecen el misterio contenido en ellas. Pero la verdad íntima acerca de Dios y acerca de la salvación humana se nos manifiesta por la revelación en Cristo, que es a un tiempo mediador y plenitud de toda la revelación” (DV 2). Comento brevemente este texto.

La Biblia pone por escrito los principales hechos por medio de los cuales Dios ha ido realizando su plan de entrar en una relación personal con nosotros, una relación de amor, de comunión profunda, que es lo que nos da plenitud, lo que nos salva. Este plan se va preparando en el Antiguo Testamento con la creación, la elección de Abrahán y del pueblo que desciende de él, el pueblo de Israel; y se realiza en plenitud en Jesús, el Hijo de Dios que “ha puesto su carpa entre nosotros” (Jn 1,14); Hijo que es, a la vez, la Palabra de Dios (su Logos, su Verbo), una Palabra que, gracias a la encarnación, se expresa en palabras humanas y en gestos corporales como lo hacemos nosotros, actúa en acciones humanas como nosotros, hace obras humanas como nosotros. Como es el Hijo de Dios, la encarnación hace que -como lo dice el mismo Jesús a Felipe- “el que me ve a mí, ve al Padre” (Jn 14,9). Podemos decir, en conclusión, que es la persona entera de Jesús la que comunica al Padre.

La Biblia pone por escrito también las palabras que han acompañado a los hechos, palabras que permiten comunicar cuál es el sentido auténtico de los hechos. Estas palabras han sido dichas en el Antiguo Testamento principalmente por los profetas y, en el Nuevo, por Jesús y los miembros de la comunidad apostólica, que tuvieron la experiencia de acompañar a Jesús durante su ministerio público y fueron testigos de su resurrección.

Pero esto nos pone un nuevo problema. Una vez que Jesús se ha ido al “cielo” volviendo al seno del Padre, y una vez que se han muerto todos los miembros de la comunidad apostólica, ¿ha dejado Dios de comunicarse a nosotros? La respuesta de la Biblia es negativa.

3. Dios se sigue comunicando

a) Dios sigue comunicándose a la humanidad, porque su proyecto es darse personalmente a toda la humanidad, a cada uno de los seres humanos que existan a lo largo de los siglos, antes y después de Cristo. Como dice la 1ª carta a Timoteo, “Dios quiere que todos los seres humanos se salven” (1Ti 2,4). Por lo tanto, su comunicación personal salvífica no se puede interrumpir. Y la sigue haciendo de la misma manera que en el Antiguo y el Nuevo Testamento: mediante hechos y palabras. Los hechos son las acciones que el Espíritu -el Espíritu de Dios que Jesús ha dejado en herencia a la comunidad de sus seguidores- realiza en las personas que se abren a sus inspiraciones, en las

comunidades de iglesia, pero también fuera de los muros de la iglesia en el mundo entero. Lo que hace el Espíritu es hacer presente en cada momento de la historia humana lo que Dios ya ha comunicado plenamente en su Hijo Jesús.

El problema es cómo discernir cuáles hechos son obra del Espíritu. Cada uno de nosotros y cada pueblo y la humanidad entera vivimos en una red inmensa de hechos, sea que los suframos pasivamente o que tomemos parte activa en ellos. Uno de los roles fundamentales de la Biblia se sitúa precisamente en este terreno del discernimiento de que es obra del Espíritu en los hechos personales y de la historia. En la Biblia encontramos el criterio (los criterios) que nos permiten discernir qué hechos y qué palabras humanas que pretenden interpretar los hechos son de Dios, de su Espíritu, y cuáles no. Dios es fiel a sí mismo, no se desmiente, no cambia sus designios ni sus maneras de actuar, sigue actuando como lo hizo en la historia de la salvación, que hay que leer siempre a la luz de su culminación en Jesús de Nazaret. Los creyentes entramos, así, en un proceso permanente de ir y venir entre nuestra vida y la Biblia, entre lo que vamos experimentando en la vida cotidiana y la Palabra de Dios. Porque la Biblia nos muestra el proyecto de Dios, que podemos concentrar en su designio de darse personalmente a cada ser humano por amor y, al mismo tiempo, nos anima a entrar en ese proyecto de Dios y a dejarnos amar por Él para así encontrar la salvación y la plenitud inimaginable de la felicidad. Al mostrarnos el proyecto de Dios, la Biblia nos enseña a descubrir en nuestra experiencia humana la acción del Espíritu que hace presente a Jesús.

Pero la relación entre la Biblia y nuestra vida es en ambas direcciones, no solo de la Biblia a la vida, sino también de la vida a la Biblia. Porque nuestra vida y la historia que nos toca vivir nos plantea preguntas. Y vamos con estas preguntas a la Biblia, a buscar en ella una luz que nos permita discernir cómo enfrentar estas preguntas desde nuestra fe en el amor salvador de Dios. Pero a lo largo de la vida personal y de la historia humana van surgiendo preguntas nuevas, porque el mundo y cada ser humano nos vamos transformando a lo largo del tiempo; de manera que estas preguntas nos obligan a buscar en la Biblia nuevas respuestas o nuevas orientaciones para darles una respuesta, lo que nos hace descubrir en la Biblia algo nuevo, algo que estaba en ella, pero como dormido: la nueva pregunta lo despierta.

b) Todo lo dicho despierta inevitablemente una serie interminable de nuevas preguntas como en cascada. Quiero detenerme, para terminar, en una: ¿a qué preguntas nuestras podemos buscar en la Palabra de Dios una respuesta o una orientación que nos permita responder? ¿Es posible encontrar en la Biblia respuesta a cualquiera de nuestras preguntas?

Ciertamente no. Según la constitución *Dei Verbum* que ya hemos citado, “hay que confesar que los libros de la Escritura enseñan firmemente, con fidelidad y sin error, la verdad que Dios quiso consignar en las sagradas letras para nuestra salvación” (DV 11). Poco antes ha dicho que el “Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó Él [Jesús] y lo promulgó con su propia boca, como fuente de toda la verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres” (DV 8). Por lo tanto, según el Concilio Vaticano II la verdad que encontramos en la Biblia es la “verdad salvadora”, la verdad que tiene que ver con “nuestra salvación”.

De haber tenido esto claro, las autoridades de la iglesia se habrían ahorrado los muchos errores e injusticias que cometieron desde que, a partir del Renacimiento, empezaron a desarrollarse las ciencias modernas, primero las de la naturaleza, luego también las de la sociedad, el ser humano y la historia. El ejemplo del “caso Galileo” es clarísimo. Hasta él, el único modo de observar los movimientos de los astros en el cielo era con el ojo humano, en la noche. Galileo (1564-1642) inventó el telescopio a comienzos del siglo XVII y, luego de sus primeras observaciones, constató que la tierra no era el centro del sistema planetario solar, como parecía evidente, ya que todos vemos que el sol se mueve en torno a nuestra tierra: día tras día sale del oriente y se oculta en el poniente. Galileo afirmó en un libro publicado en 1610 (“El mensajero de los astros”) que el centro

del sistema solar es el sol (“heliocentrismo”), y que la tierra y los demás planetas se mueven en torno a él. Pero la Biblia afirma lo contrario, por lo tanto Galileo se equivoca. La autoridad eclesiástica lo castiga en 1616 con la prohibición de seguir propalando sus ideas heliocéntricas, consideradas heréticas. Décadas después, en 1632, Galileo publica un nuevo libro (“Diálogo sobre los dos principales sistemas del mundo”) en el que debaten defensor del geocentrismo, uno del heliocentrismo y un tercero que no toma partido; como claramente el triunfo es del que defiende el heliocentrismo, Galileo es condenado en 1633 por la Inquisición de Roma a pena de cárcel perpetua y se le obliga a abjurar de sus ideas, cosa que hace. Como está viejo, enfermo y medio ciego, se le conmuta la pena de cárcel por la de arresto en su domicilio.

Durante el primer momento de la discusión de sus ideas heliocéntricas, Galileo había escrito en 1615 una carta a la Gran Duquesa Madre de Toscana, María Cristina de Lorena, en la que afirma que al Espíritu Santo no le interesa enseñarnos en la Biblia “cómo va el cielo” (cómo se mueven los astros en el cielo) sino “cómo se va al cielo” (cómo nosotros los seres humanos llegamos al cielo, cómo nos salvamos). ¡Tenía toda la razón el laico Galileo, y no los eclesiásticos de la Inquisición! Más de 3 siglos después, el Concilio Vaticano II, sin nombrar a Galileo, lo reconoce.

La Biblia no es un libro de ciencias ni un libro de historia. Si planteamos preguntas de ese tipo, la Biblia no nos puede dar respuesta infalible, sin error, porque nos dará la respuesta de la cultura del tiempo en que fue escrita. Su respuesta es sin error, cuando le preguntamos por nuestra salvación.

4. Conclusión

Volviendo a la pregunta del título: ¿Basta con leer la Biblia o hay que tratar de comprenderla lo más a fondo posible?, mi respuesta es que no basta con la lectura, sino que hay que hacer el esfuerzo permanente por comprenderla lo más a fondo que podamos. Solo así podremos descubrir los caminos que la Palabra de Dios nos ofrece para llegar a Dios, a la plenitud, a la salvación; y podremos ir haciendo nuestros esos caminos, a medida que los vayamos recorriendo.

La Biblia es inagotable, nunca llegaremos a comprenderla plenamente: es Palabra de Dios, no es palabra nuestra. Pero esto, lejos de ser malo para nosotros, es un regalo inmenso que nos hace Dios. ¿Por qué? Le dejo la palabra a San Efrén, un diácono del siglo IV, que da una respuesta mucho más hermosa que la que puedo dar yo:

¿Quién hay capaz, Señor, de penetrar con su mente una sola de tus frases? Como el sediento que bebe de la fuente, mucho más es lo que dejamos que lo que tomamos. Porque la palabra del Señor presenta muy diversos aspectos, según la diversa capacidad de los que la estudian. El Señor pintó con multiplicidad de colores su palabra, para que todo el que la estudie pueda ver en ella lo que más le plazca. Escondió en su palabra variedad de tesoros, para que cada uno de nosotros pudiera enriquecerse en cualquiera de los puntos a que afocara su reflexión. (...)

Aquel, pues, que llegue a alcanzar alguna parte del tesoro de esta palabra no crea que en ella se halla solamente lo que él ha hallado, sino que ha de pensar que, de las muchas cosas que hay en ella, esto es lo único que ha podido alcanzar. Ni por el hecho de que esta sola parte ha podido llegar a ser entendida por él, tenga esta palabra por pobre y estéril y la desprecie, sino que, considerando que no puede abarcarla toda, dé gracias por la riqueza que encierra. Alégrate por lo que has alcanzado, sin entristecerte por lo que te queda por alcanzar. El sediento se alegra cuando bebe y no se entristece porque no puede agotar la fuente. La fuente ha de vencer tu sed, pero tu sed no ha de vencer la fuente, porque, si tu sed queda saciada sin que se agote la fuente, cuando vuelvas a tener sed podrás de nuevo beber de ella; en cambio, si al saciarse tu sed se seca también la fuente, tu victoria sería en perjuicio tuyo.

Da gracias por lo que has recibido y no te entristezcas por la abundancia sobrante. Lo que has recibido y conseguido es tu parte, lo que ha quedado es tu herencia. Lo que, por tu debilidad, no puedes recibir en un determinado momento lo podrás recibir en otra ocasión, si perseveras. Ni te

esfuerces avaramente por tomar de un solo sorbo lo que no puede ser sorbido de una vez, ni desistas por pereza de lo que puedes ir tomando poco a poco. (Del Comentario de san Efrén, diácono, sobre el Diatésaron, Cap. 1, 18-19)